



La guardiana

MICHELLE DESLIZÓ LA PUNTA DE SU DEDO SOBRE LA PANTALLA PARA dar vuelta las hojas del álbum de fotos que su nieta le había hecho llegar esa mañana. Luc había llevado a Scarlet a ver los restos del Musée du Louvre, y Scarlet había tomado decenas de fotos de las derruidas estatuas y de las ruinas que aún seguían en pie. Incluso llegó a ver una foto de Luc y Scarlet juntos, apretados en gigantescos abrigos de lana y de pie junto a una estatua a la que le faltaba un brazo. La mujer de piedra parecía acompañarlos.

Michelle volvió sobre la misma foto varias veces. Era la única en la que podía verse tanto a Luc como a Scarlet. A pesar de que Luc tenía su típica expresión indiferente de siempre —esforzándose por lucir sofisticado—, la sonrisa de Scarlet era realmente efervescente. Sus ojos brillaban. Le faltaba uno de los dientes frontales. La mitad de sus rizos rojos se apiñaban dentro del cuello de su chaqueta. Parecía feliz.

Por primera vez, Luc lo estaba intentando; y eso conmovió a Michelle. Era un cambio muy bienvenido después de los mensajes que había recibido de su nieta. La vida en el hogar había sido difícil para

la niña desde que su madre la había abandonado... No... Michelle sabía que todo había sido igual de difícil mucho antes que eso. Supo desde el principio que a su hijo no le sentaría bien la paternidad. Era demasiado egoísta y superficial, y su joven esposa era igual de incompetente. La relación entre ellos había sido apasionada y dramática y estuvo condenada desde el principio. Habían discutido casi desde el mismísimo momento en que comenzaron a salir. Eran grandes peleas, que incluían gritos, platos rotos y llamados a la policía por parte de los vecinos. Cuando anunciaron el embarazo, Michelle debió hacer un gran esfuerzo para aparentar estar feliz por ellos. El desastroso final de ese matrimonio había sido inevitable y ella ya sabía que la pequeña sería la persona más afectada por ello.

Solía tener que leer entre líneas los mensajes de Scarlet, porque Luc jamás había dicho nada. *Estoy aburrida y esperando que papá llegue a casa* se traducía como “Luc salió de bares otra vez, y su hija de seis años está solita en casa”. O el que decía *Gracias por mi regalo de cumpleaños. Papá prometió llevarme al parque de diversiones tan pronto como mejore el clima* podía ser algo así como “Luc se ha vuelto a olvidar de comprar el regalo de cumpleaños de su hija y ahora espera que ella olvide su estúpida promesa cuando llegue la primavera”. O también *La vecina volvió a traernos ratatouille para la cena. Es la tercera esta semana. Usa demasiada berenjena y yo ODIO la berenjena. Pero papá dijo que estaba siendo maleducada y me envió a mi habitación sin comer* era claramente un “Luc apostó y perdió todo el dinero que tenía destinado a la comida de esta semana, pero al menos esta amable vecina se ha dado cuenta de lo que está sucediendo... A menos que haya caído bajo el hechizo de Luc y aún no se haya dado cuenta de que es un canalla”.

Michelle suspiró. Amaba a su hijo, pero había dejado de respetarlo hacía mucho tiempo. Sabía también que sería justo admitir que

parte de la culpa era suya. Después de todo, había sido ella quien lo había criado. Tal vez lo había malcriado demasiado, o tal vez no lo suficiente. Tal vez habría necesitado de un padre que pudiera guiarlo. Tal vez...

Un golpe a la puerta la devolvió al presente. Levantó la mirada de la pantalla, donde había estado observando la cara ensombrecida de aquel hijo con el que no había cruzado más de doce oraciones en el último año. Quizá fuera uno de los niños del vecindario, promocionando alguna especie de recolección de fondos, o alguien del pueblo que necesitaba algunos huevos de las gallinas que ella misma criaba. Colocó la pantalla portátil sobre la mesa junto a su sillón de lectura favorito, se puso de pie y salió de su habitación; descendió las escaleras angostas que chillaban desde siempre, y entró al pequeño recibidor de la casa. Ni se molestó en mirar quién era. Simplemente corrió la antigua bisagra y abrió la puerta.

Su corazón dio un salto. El mundo entero pareció detenerse por un momento.

Michelle dio un paso atrás, sosteniéndose de la puerta.

Logan.

Ese nombre la golpeó con la misma fuerza de un asteroide colisionando y le quitó todo el aire de los pulmones.

Logan la observaba. *Logan.* Su Logan. Los ojos de él buscaron los de ella. Seguían tan intensos y tan Indescifrables como ella los recordaba... Pero ahora con arrugas que antes no estaban allí.

Más de treinta años antes.

—Hola, Michelle —su voz era ahora una versión más cansina que la que tanto había adorado años atrás, pero aun así evocó recuerdos, soledad y calidez—. Lamento mucho molestarte. Te pido que me perdones por ser tan inoportuno, pero necesito desesperadamente de tu ayuda.



SE SINTIÓ A LA VEZ ORGULLOSA Y ATERRADA CUANDO FUE INVITADA a asistir a los diplomáticos en su visita a Luna... La primera en generaciones. Ella era una de los cuatro pilotos en la misión, y también la menor por casi diez años de diferencia. Había sentido que era un gran honor para ella, a pesar de que, justo antes de su partida, todas las personas a quienes les comentaba sobre la misión la miraban como si estuviese demente por tan solo haber considerado formar parte.

“¿Luna?”, preguntaban desconfiados. “Te irás a Luna... ¿Por propia voluntad? Pero... Te *asesinarán*. Te lavarán el cerebro y luego te devolverán a la Tierra como esclava. ¡Jamás regresarás sana y salva!”.

Ella se reía e ignoraba aquellas advertencias, convencida de que esas historias de terror sobre los lunares estaban basadas en supersticiones sin sentido más que en hechos reales. Creía que había lunares buenos y lunares malos, tal como hay terrícolas buenos y terrícolas malos. No podían ser todos monstruos.

Además, ella solo era una piloto. Jamás pasaría a estar involucrada en ningún tipo de charla política o reunión de importancia. Tampoco sabía qué se esperaba lograr con esa misión. Se pasaría el mes que duraría la visita disfrutando de los afamados lujos de Artemisa y luego regresaría a casa con una infinidad de historias para contar. No iba a permitir que un par de leyendas urbanas absurdas le impidieran formar parte de tan histórico evento.

Apenas llegaron a Artemisa, se le otorgó permiso para retirarse. Y pronto descubrió que la ciudad blanca era todo lo que ella había imaginado y más. Frondosos jardines y patios llenaban los espacios entre los edificios de piedra blanca. Los árboles se elevaban por sobre la enorme cantidad de mansiones. Algunos de ellos eran tan altos

que se acercaban bastante al domo que cubría la ciudad. La música brotaba en cada callejón, en todos los vasos había algo de vino, y todas las personas se saludaban alegres y despreocupadas. De alguna manera, todos sabían que ella era una terrícola antes de que pudiera decir una palabra. Era como si cada comerciante adinerado y cada aristócrata de la ciudad se sintiese en la obligación personal de mostrarle el lugar y hacerle pasar el mejor momento.

Solo habían transcurrido cuatro días desde su llegada, y Michelle estaba en la plaza central de la ciudad, bailando con un maravilloso caballero, cuando se acercó demasiado al borde del escenario y perdió el equilibrio. Gritó de dolor, sabiendo en ese mismo instante que se había torcido el tobillo. Su compañero de baile solicitó de inmediato un deslizador magnético de levitación (similar a una camilla) y la llevó a la clínica más cercana.

Así fue que conoció a Logan.

Él era uno de los doctores, unos pocos años mayor que ella; y Michelle se dio cuenta enseguida de que era diferente al resto de los lunares que ya había conocido. Era más serio. Su mirada resultaba más comprensiva. Pero era más que eso... Él era... *imperfecto*. Lo estudió de pies a cabezas mientras él examinaba su tobillo. Contextura promedio. Cabello castaño y desprolijo. Tenía un lunar en la mejilla, y sus labios caían de un lado, incluso cuando sonreía. Aun así, era muy atractivo, considerando los estándares terrícolas, claro; pero en Luna...

Solo cuando entendió que él *no* estaba usando su encanto fue que se dio cuenta de que todos los demás que había conocido antes sí lo habían hecho.

Él le ofreció descansar en un tanque de suspensión, pero ella negó con la cabeza.

–Sanará más rápido –dijo él, confundido por la negación.

—No me gusta estar encerrada en espacios pequeños —respondió ella.

—Entonces debes odiar estar atrapada debajo de un domo como el que tenemos aquí.

No ejerció ningún tipo de presión cuando le vendó el tobillo al estilo convencional. Desde ese día y durante muchos años, cuando pensara en Logan, siempre recordaría sus manos suaves y la habilidad con la que había colocado el vendaje.

—Este lugar es hermoso —dijo ella—. No me siento atrapada aquí.

—Oh, sí. Hemos construido una hermosa prisión.

Ese fue el primer comentario desagradable que había escuchado sobre Luna por parte de un lunar.

—¿Consideras tu hogar una prisión?

Parpadeó y su mirada se encontró con la de ella. Permaneció en silencio por un largo rato. En lugar de responder, murmuró otra pregunta:

—¿Es verdad que el cielo en la Tierra es del color de las alas de una urraca azul?

Después de ese día, Michelle ya no tuvo ojos para los aristócratas y sus ropas lujosas; en especial luego de que Logan le contara que el hombre con quien ella había estado bailando era lo suficientemente viejo como para ser su abuelo. Michelle y Logan pasaron juntos todo el tiempo que pudieron durante la estadía de ella en Luna. Los dos sabían que era solo una relación temporal. Sabían que era cuestión de tiempo, hasta que ella retornara a la Tierra, y ella jamás se ilusionó con la posibilidad de que él se le sumara en el viaje. Las regulaciones respecto de la migración de lunares eran muy estrictas. En Luna, no se aceptaba que sus habitantes se fueran, y en la Tierra, no querían que vinieran.

Tal vez su romance era más intenso justamente por la brevedad del mismo. Hablaban de todo. De política, de paz, de la Tierra, de Luna,

de constelaciones, de historia, de mitología y hasta de cantos infantiles. Él le reveló rumores escalofriantes sobre cómo la corona lunar trataba a los ciudadanos más pobres de los sectores periféricos, arruinando para siempre la fascinación que en ella había provocado Artemisa. Ella le contó sobre su sueño de retirarse alguna vez del servicio militar y comprar una pequeña granja. Él le enseñó el punto en la ciudad desde donde podía observarse mejor la Vía Láctea, y hasta hubo una lluvia de meteoritos la noche en que hicieron el amor por primera vez.

Cuando llegó la hora de marchar, no hubo regalos de despedida. Tampoco hubo lágrimas ni un adiós. Se besaron una última vez y ella abordó la nave que la traería de regreso a la Tierra. Esa fue la última vez que vio al Dr. Logan Tanner.

Cuando descubrió, dos meses más tarde, que estaba embarazada, ni siquiera se le ocurrió buscarlo o encontrar la manera de hacerle llegar la noticia. Estaba convencida de que tampoco hubiese importado demasiado.

—NOS INFORMARON DE SU MUERTE UNOS MESES ATRÁS —DIJO MICHELLE, al tiempo que presionaba la palma abierta de su mano contra la tapa de vidrio del tanque de animación suspendida, que había sido escondido debajo de una pila de mantas, en la parte trasera de un deslizador. Ella intentaba evitar las náuseas. No era una mujer fácilmente impresionable, pero jamás había estado tan cerca de algo tan triste y horrible. A juzgar por el tamaño del cuerpo, la niña tenía entre tres y cuatro años. Parecía más un cuerpo sin vida, desfigurado y cubierto de quemaduras. Era difícil de creer que aún siguiera con vida.

—Hubo rumores... Teóricos de una conspiración especularon con que ella podría haber sobrevivido y que Levana intentaba cubrir la verdad. Pero jamás les creí.

–Bien –contestó Logan–. Queremos que todos crean que está muerta. En especial, la reina. Es la única manera de mantenerla a salvo.

–Princesa Selene –murmuró Michelle. No parecía real.

Nada de esto parecía real.

Logan estaba en la Tierra. Y la princesa Selene estaba viva. Él la había traído *aquí*.

–¿Qué causó esto? ¿Un incendio?

–Sí. Sucedió en la guardería. Levana insiste en que fue un accidente, pero... Yo creo que fue planeado. Creo que Levana la quería muerta para poder quedarse con el trono.

Michelle sacudió la cabeza, disgustada.

–¿Estás seguro?

Sus ojos oscuros se dirigieron a la princesa encapsulada debajo del vidrio.

–Casi no hay cerillos ni velas en Luna. Debajo de los domos, cualquier tipo de contaminación del aire es una preocupación que nos tomamos siempre muy en serio. No veo cómo o por qué una niñera podría haber tenido alguno de ellos, o por qué lo habría encendido a la luz del día, en un lugar donde hay tantos niños.

Él suspiró y miró a Michelle a los ojos.

–También está mi colega... La Dra. Eliot. Ella fue la primera en examinar a la princesa y la encargada de anunciar su muerte y pedir que se retirara el cuerpo del palacio. Su accionar inmediato salvó la vida de la princesa.

Luego, desvió la mirada una vez más.

–Pero hace dos semanas, se la acusó de traición a la corona. Los detalles del crimen jamás fueron revelados. Yo creo que la torturaron para obtener información y luego la asesinaron. Allí fue cuando supe que debía escapar. Que Selene y yo debíamos escapar.

—¿Quién más sabe de esto?

—Yo... No lo sé. Hay otro hombre. Su nombre es Sage Darnel, y estaba trabajando en bioingeniería. Había comenzado a comportarse de manera sospechosa antes de que yo partiera. Hacía preguntas que se acercaban demasiado a la verdad, pero... No sé si llegó a averiguar algo o si simplemente estaba intentando adivinar. O quizá solo me he vuelto un poco paranoico.

—Si él supiese la verdad... ¿Crees que...? ¿Sería nuestro aliado o...?

Él negó con la cabeza.

—No lo sé. Estamos todos tan inmersos en las manipulaciones de Artemisa, que jamás puedo discernir quién está feliz bajo el régimen y quién odia a Levana tanto como yo.

Lanzó un suspiro cargado de frustración.

—No hay nada que yo pueda hacer al respecto. Seguramente se enteraron de que he desaparecido, pero no podía quedarme allí. *Ella* no podía quedarse allí.

Desde el tanque se escuchó un leve borboteo, como si la niña hubiese estado de acuerdo con esas últimas palabras.

—¿Y qué pasará si vienen a buscarte?

El corazón de Michelle ya había comenzado a latir con más intensidad. La carga de toda la situación se estaba alojando sobre sus propios hombros. La reina Levana era la mujer más poderosa de toda la galaxia. Si Logan estaba en lo correcto, entonces no dejaría de buscar a la princesa hasta encontrarla. Y cualquiera que ayudara a la princesa estaba en peligro.

—No creo que vayan a encontrarme aquí —aclaró Logan, aunque la expresión en su cara no era tan convincente—. He viajado en seis diferentes naves y deslizadores desde que llegué a la Tierra y manipulé a todos con los que he hablado para que no pudieran reconocerme.

–¿Pero qué hay de nuestra...? –se detuvo para no pronunciar la palabra *relación*–. De nuestra conexión... No hemos sido muy discretos.

–Fue hace mucho tiempo, y los *affaires* son algo muy frecuente en Luna, por lo que dudo que alguien nos haya prestado mucha atención después de todo.

Affaires. Dijo esa palabra de forma demasiado casual, y Michelle se sorprendió de que a ella la impactara y le doliera tanto oírlo.

La expresión en el rostro de Logan se ablandó. Se lo notaba exhausto y demacrado. Pero aun así le resultaba atractivo. Quizá más atractivo ahora que cuando eran jóvenes.

–Eres la única persona en la que confío, Michelle. No se me ocurre otro lugar dónde llevarla.

Era lo correcto, sí. Su dolor se desvaneció. Respiró profundo y miró a la niña una vez más.

–Mi casa es pequeña. No podría esconderla aquí si yo...

Dudó por unos instantes. Su casa había sido construida en la segunda era. Había sobrevivido la Cuarta Guerra Mundial. Michelle tragó saliva.

–El refugio antibombas –dijo de repente –. Hay un refugio anti-aéreo justo debajo del hangar, y hasta tiene conectado un generador.

Logan presionó sus labios hasta que se volvieron pálidos. Se podía ver el arrepentimiento en su rostro, pero también la esperanza. Le llevó unos segundos, pero finalmente asintió con la cabeza.

–Comprendes el peligro al que te expondrás si la escondes aquí contigo, ¿verdad? Esta niña es la persona más valiosa en este planeta.

Por alguna razón, ese comentario llevó a Michelle a pensar en Scarlet, su nieta, apenas mayor que la princesa frente a sus ojos.

Scarlet... *La nieta de Logan*.

Abrió la boca, pero volvió a cerrarla de inmediato.

–Lo siento –dijo Logan, que había malinterpretado el silencio de Michelle–. Odio tener que pedirte esto.

–¿Qué piensas hacer? –dijo ella.

–Te ayudaré hasta que sepa que la princesa está estable y tú te sientas lo suficientemente segura como para cuidar de ella. Luego deberé esconderme hasta que... hasta que ella haya crecido y podamos sacarla de su estado de suspensión.

Michelle quería preguntarle a dónde iría a esconderse y cuándo volvería. Pero no dijo nada.

Su instinto le dijo que era mejor no saber. Era *más seguro* no saber.

–¿Y cuando haya despertado?

De pronto, la mirada de Logan se tornó distante, como si estuviera intentando atisbar algo en el futuro. Como si tratara de imaginar a la mujer en la que esta pequeña se convertiría.

–Le diré la verdad –dijo–. Y la ayudaré a reclamar el trono que le pertenece.

A PESAR DE QUE SCARLET HABÍA TOMADO ANTERIORMENTE EL TREN magnético entre París y Toulouse una docena de veces, no había tenido en cuenta cuán diferente sería ahora que viajaría sola. Había viajado apretada desde el momento en que subió al tren. No tenía mucho dinero para el boleto, así que ahora ocupaba el vagón más económico, donde los asientos eran por demás incómodos, especialmente para un viaje tan largo como ese. Sentía terror de que alguien se sentara a su lado y le preguntara a dónde estaba yendo, o dónde estaban sus padres, o si necesitaba ayuda. Ya tenía ensayadas algunas respuestas en caso de que eso sucediera. Estaba yendo a visitar a su abuela, quien la recogería en la estación. Claro que sus padres sabían dónde estaba. Claro que la estaban esperando.

Pero no era cierto.

El tren ingresó en una nueva estación, y Scarlet apretó el bolso a su lado e intentó parecer malhumorada frente a los pasajeros que ahora abordaban el tren. Trató de dejar en claro, con la expresión de su cuerpo y su mirada, que no quería que nadie se le acercara.

Y funcionó. Nadie se sentó a su lado, y ella respiró aliviada al tiempo que el tren se elevó sobre el riel nuevamente.

Abrió la cremallera grande de su bolso, retiró su pantalla y se colocó un par de auriculares inalámbricos. Tal vez algo de música la ayudaría a olvidar lo que estaba haciendo.

Se había alejado de París. Y no iba a regresar. Viviría con su abuela y nadie la detendría.

Se preguntó si su padre ya se habría dado cuenta de que se había marchado. Seguramente no. Lo más probable era que aún siguiera borracho e inconsciente.

Scarlet cerró los ojos e intentó relajarse con la música, pero no dio resultado. Estaba más que consciente de cada uno de los movimientos del tren, de las charlas entre pasajeros, del anuncio de la siguiente estación. Estaba a la espera de algún tipo de alerta en su pantalla. Un mensaje de su padre tal vez, queriendo saber dónde estaba. O uno de esos que denotan preocupación y ruegan que vuelva a casa. O incluso algún aviso de la policía de un niño perdido.

Escuchó el álbum entero, pero no oyó ningún tipo de alerta.

Varias ciudades se deslizaron al paso del tren, los campos y los viñedos se asomaban por entre las colinas, el sol se hundía en el horizonte, y tampoco llegó ninguna alerta.

El vagón se llenaba cada vez más de gente. Un hombre de traje se sentó a su lado, y Scarlet sintió su cuerpo entero tensarse, pero él no habló ni preguntó nada. Se entretuvo leyendo un canal de noticias en su pantalla portátil y luego cabeceó por momentos; pero

Scarlet ya había escuchado suficientes historias sobre arrebataadores de carteras y secuestros, así que no se atrevió a bajar la guardia en ningún momento.

El álbum comenzó a correr nuevamente. El cartel al frente del vagón anunciaba que la siguiente parada sería Toulouse, y fue en ese momento que un nuevo ataque de nervios revolucionó su estómago. Debió despertar de su siesta al hombre sentado a su lado para poder salir. Él se asustó, y luego murmuró algo sobre no volver a pasarse de estación. Rio. Scarlet se cruzó por delante de él sujetando fuerte su mochila, sin siquiera mirarlo a los ojos.

—Niña.

Pero ella se apresuró a bajar los escalones y alcanzar la plataforma.

—¡Niña!

Apuró el paso. El pánico y la adrenalina corrían juntos por sus venas. Miró a su alrededor, buscando a alguien que pudiera socorrerla en caso de necesitar ayuda. Alguien en uniforme o un androide, o...

—¡Niña, espera! —una mano se posó en el hombro de Scarlet y ella se dio vuelta, lista para lanzar un grito.

Era el hombre de traje.

—Déjaste esto en el asiento —le dijo, sosteniendo su botella de agua.

Su pulso se desaceleró de inmediato. Tomó la botella sin siquiera agradecerle el buen gesto. Dio media vuelta y corrió a lo largo de la plataforma hasta alcanzar las escaleras eléctricas. Se sintió avergonzada por su reacción, pero seguía perturbada. Estaba sola y nadie sabía dónde se encontraba ni que estaba escapando. No sabía si se sentiría segura hasta haber llegado a la casa de su abuela, y una vez allí debería convencer a su *grand-mère* de que la dejara quedarse con ella.

Scarlet encontró un taxi deslizador vacío y se metió dentro. Acto seguido, dio la dirección de la casa de su abuela. La pantalla solicitó

la aprobación del costo del viaje, y el precio titilando en la pantalla la desconcertó. Significaría agotar todos sus ahorros.

Tragó saliva, escaneó su muñeca frente a la pantalla y aprobó el pago.

MICHELLE HABÍA CUIDADO A LA PRINCESA POR MÁS DE DOS AÑOS, Y las asistencias regulares se habían convertido en una acción ya casi automática. Simplemente otro quehacer en su lista diaria de actividades. Alimentar a los animales. Recolectar los huevos. Ordeñar a la vaca. Revisar los signos vitales de la princesa y hacer los ajustes necesarios sobre los niveles de fluidos en el tanque siempre que fuera necesario.

La niña estaba creciendo. Hoy tendría cinco años de edad... *Cinco años*, pensó Michelle para sí misma. Incluso después de todos estos meses, era difícil no pensar en la niña como el cuerpo inerte que ella mantenía encerrado debajo de su hangar.

No era un cadáver, pero tampoco estaba del todo viva. Las máquinas hacían todo por ella. Respiraban. Bombeaban la sangre. Enviaban señales eléctricas a su cerebro. Logan le había dicho que era importante mantener estimulado el cerebro de la niña para que, al momento de despertar, no siguiera teniendo la mente de una chiquilla de tres. Supuestamente, se le estaba administrando conocimiento y hasta experiencias de vida, mientras permanecía allí, inmóvil. Michelle no entendía cómo funcionaba eso. No se podía imaginar cómo podían dejarla dormir una vida entera y después pedirle que fuera una reina apenas volviera a insertarse en la sociedad.

Pero ese sería el trabajo de Logan, cuando retornara. Faltaban muchos años para que alguien supiera en quién se convertiría esta niña.

Michelle grabó las estadísticas vitales de Selene y apagó las luces del generador. En el refugio, que habían convertido en algo así como

un improvisado cuarto de hospital y laboratorio científico, aún podía verse la pálida luz azul proveniente del tanque de suspensión. Michelle sujetó la pantalla portátil a su cinto y trepó la escalera hasta el hangar. Tomó uno de sus cajones de almacenamiento y lo arrastró desde el hangar hasta el granero. Una excusa efectiva en caso de que alguien alguna vez la viese ir y venir. El refugio y su ocupante eran un secreto... Un peligroso secreto. Y Michelle no se habría permitido jamás ser descuidada al respecto.

Aún pensaba en ello cuando se acercó al camino de ripio y vio un taxi deslizador estacionado. No esperaba visitas. Nunca lo hacía.

Se irguió y sostuvo el cajón sobre su cadera. Las piedras del camino crujían bajo sus pies. Miró a través de la ventana del deslizador y se dio cuenta de que estaba vacío. Y tampoco nadie esperaba en la entrada de la casa.

Michelle colocó el cajón en el suelo y tomó la única arma que encontró en ese momento: un par de tijeras de podar bastante oxidadas. Abrió la puerta de entrada.

Quedó helada.

Scarlet estaba sentada en el último escalón del recibidor, con su bolso entre las piernas. Llevaba puesto el mismo abrigo de lana que Michelle había visto en las fotos en el Louvre, pero ahora estaba un poco deshilachado a la altura de los hombros y parecía ser dos talles más pequeño en aquella niña ya crecida.

—¿Scarlet? —llegó a decir al tiempo que colocaba las tijeras en la mesa de la entrada—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Scarlet se sonrojó, y sus pecas se volvieron más evidentes. Parecía al borde del llanto, pero no lloró.

—Vine a vivir aquí contigo.



–ESTE ES CLARAMENTE UNO MÁS DE SUS TANTOS LLAMADOS DE ATENCIÓN –se quejó Luc. Su nariz y sus mejillas estaban coloradísimas, y mascullaba las palabras.

Él se encontraba fuera de la casa, y Michelle pudo observar, desde su pantalla, los soplos de su aliento contra el negro de la noche.

– Simplemente súbela de vuelta al tren y que ella misma lo resuelva.

–Pero solo tiene siete años –dijo Michelle, sabiendo lo delgadas que eran las paredes y que, muy posiblemente, Scarlet estuviera escuchando la voz de su propio padre, incluso desde la planta baja–. No puedo creer que haya llegado hasta aquí sola y a salvo.

–¿Y qué esperas que haga ahora? ¿Que vaya allí y la levante en mis brazos? Tendré mucho que hacer en la mañana. Acabo de conseguir este trabajo nuevo y...

–Esa niña es *tu hija* –le aclaró Michelle–. Y lo que quiero es que seas su padre y le demuestres cuánto te preocupa.

Luc resopló.

–¿Esta es una lección sobre cómo ser un buen padre? Qué encantador.

Ese comentario le dio justo en las costillas. Michelle no supo cómo reaccionar. La tensión en su estómago era tan fuerte que estuvo a punto de paralizarla por completo.

Ese era su mayor remordimiento. No haber estado allí para su hijo cuando este era pequeño. Había sido una madre soltera que intentó hallar el equilibrio entre su hijo recién nacido y su carrera militar, una carrera con mucho potencial. Hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de cuánto había fallado en hallar ese equilibrio. Si tan solo tuviera la oportunidad de intentarlo una vez más...

Pero no se podía. Y los errores de Luc se parecían mucho a los errores que ella ya había cometido. No iba a permitir que lo mismo sucediera ahora con su querida Scarlet.

Sacó la vista de la pantalla.

–Pasaré la noche aquí, claro. No la enviaré de vuelta en ese tren sola.

Luc refunfuñó.

–Muy bien. Mañana decidiré qué hacer con ella.

Michelle cerró con fuerza los ojos. Pensó en la puerta secreta del refugio antibombas. La niña yaciendo inconsciente en ese tanque azul. Se imaginó una mujer sin rostro, la Dra. Eliot, siendo torturada a cambio de información sobre qué había sucedido con la princesa Selene.

Tragó saliva.

–Quizá debería quedarse en la granja –dijo y abrió los ojos. Ya se había decidido cuando volvió a mirar la pantalla–. Quizá yo debería cuidar de ella, al menos hasta que... hasta que tú te recompongas –incluso diciéndolo en voz alta, Michelle dudaba de que eso alguna vez sucediera.

Scarlet se merecía más. Mucho más que una madre inexistente y un padre negligente. Scarlet merecía más que lo que Luc jamás le había dado.

–Hablaremos de esto mañana –determinó Luc. Aún sonaba enojado, pero también había un tinte de alivio en su voz. Michelle sabía que él no pelearía por la niña.

Desconectó el enlace y dejó la pantalla portátil sobre la cama antes de regresar a la planta baja. Scarlet estaba sentada a la mesa del comedor, junto a un tazón de guisantes... Los primeros de la estación. Ya había una pila de vainas abiertas y vacías a un lado, y estaba por abrir otra con ambas manos. Scarlet se estaba llevando un guisante a la boca cuando Michelle entró.

Lo apretó con los dientes.

La niña quería aparentar no estar asustada, pero esa era una expresión

que Michelle reconoció de inmediato. Era la misma expresión que ella había sostenido más de lo que se animaba a admitir.

–Puedes quedarte –le anunció.

Scarlet dejó de masticar.

–¿Para siempre?

Michelle se sentó en la silla frente a Scarlet.

–Tal vez. Tu padre y yo aún debemos discutir algunos detalles, pero... por ahora, al menos, podrás quedarte conmigo.

Una sonrisa se encendió en la cara de Scarlet. La primera que Michelle le había visto desde su llegada. Levantó la mano y aclaró.

–Escucha con atención, Scar. Esta es una granja, y debemos trabajar muy duro aquí. Yo me estoy poniendo vieja, ¿sabes? Y voy a necesitar que me ayudes.

Scarlet afirmó con la cabeza, entusiasmada.

–Y no me refiero solo a las actividades más entretenidas, como recoger los huevos. También debemos trabajar con estiércol y pintar cercas. La vida aquí no es fácil.

–No me importa –dijo Scarlet, aún radiante–. Yo quiero vivir aquí. Quiero vivir aquí, contigo.

“FELIZ CUMPLEAÑOS, QUERIDÍSIMA SCARLET”, CANTÓ SU *GRAND-MÈRE*, al tiempo que llevaba el pastel de limón a la mesa. Había once velas titilando y danzando sobre la cubierta de crema... “Feliz cumpleaños, querida”. Scarlet cerró sus ojos por un segundo. Había estado esperando este momento todo el día. Bueno, en realidad, más que nada esperaba el delicioso pastel de limón que su abuela le había hecho para cada uno de sus cumpleaños desde que llegó a la granja para vivir con ella, pero también había algo especial y mágico en eso de pedir un deseo.

No era supersticiosa, pero amaba la esperanza que venía con la costumbre de pedir deseos frente a un pastel de cumpleaños.

Yo deseo...

Lo había pensado todo el día, pero no había logrado decidirse. Le resultaba difícil dar con un buen deseo. Un deseo que valiera la pena.

¿Qué tal no perder ningún otro pollito en manos de algún predador como había pasado esa semana? ¿O que su padre no volviera a olvidarse de su cumpleaños, como lo había hecho el año pasado y el año anterior a ese? ¿O que Padgett Dubois dejara de burlarse de sus pecas, o que Gil Lambert notase de una vez por todas su presencia en la escuela?

No. Ninguno de esos deseos era lo suficientemente bueno.

Y sabía que este otro podía ser bastante improbable, pero aun así...

Quiero que grand-mère me enseñe a volar.

Abrió los ojos, se inclinó un poco hacia adelante y apagó las velas de un soplo. *Grand-mère* aplaudió.

—¡Bien hecho! Esos pulmones tan potentes los sacaste de mí —le guiñó un ojo y le acercó dos regalos—. Vamos, ábrelos mientras yo reparto las porciones.

—Gracias, *grand-mère* —tomó el paquete más grande primero. Era más pesado de lo que esperaba. Quitó el moño con mucho cuidado y arrancó la funda de almohada en la que estaba envuelto.

Scarlet abrió la caja y miró dentro. Luego, levantó una ceja.

Miró a su abuela, que estaba chupando la crema de las bases de las velas. No entendía si el regalo era una broma o no. Claro que su abuela era un poco excéntrica, pero...

—¿Un... arma?

—Un arma de mano Leo 1272 TCP 380 —dijo su abuela al tiempo que tomaba la cuchilla y empezaba a cortar la primera rebanada de pastel. Dos segundos después colocó una porción en el plato de

Scarlet. Se lo pasó por encima de la mesa junto con un tenedor. Las impecables capas amarillas y blancas del pastel no tenían nada que enviarle a ningún pastel que Scarlet jamás hubiera visto en cualquier tienda o restaurante.

La habilidad de su abuela en la cocina nunca había recibido su merecido reconocimiento. De hecho, cuando la gente hablaba de Michelle Benoit, solía hacerlo bromeando sobre cómo aquella loca mujer siempre se había negado a recibir ningún tipo de ayuda para sacar adelante su granja y cómo siempre había echado a visitantes inesperados de su casa con una pistola, y que, además, cantaba mientras arreglaba su huerta y decía que era por eso que sus vegetales resultaban más dulces.

Scarlet amaba las peculiaridades de su abuela, pero incluso ella se impresionó al recibir una pistola como regalo por su cumpleaños número once... Y era un arma de verdad, un arma letal. Claro que ya había usado un arma antes para cazar lobos salvajes o dispararles a las palomas cuando estaba aburrida... ¿Pero una pistola? Esta no era para cazar. Esta era... por protección.

—No estés tan desilusionada —se rio *grand-mère* mientras cortaba una rebanada de pastel para sí—. Es un excelente modelo. Es como la que yo he tenido durante años. Te mostraré cómo cargarla y vaciarla cuando hayamos terminado con el pastel. Y una vez que te sientas cómoda cargándola, verás que jamás querrás volver a andar sin ella.

Scarlet se lamió el labio inferior y alejó con mucho cuidado la caja que aún tenía el arma dentro. No sabía si tocarla o no. Ni siquiera sabía si era legal que alguien de su edad cargara con un arma como esa.

—Pero... ¿Por qué? Es decir... Es un poco...

—¿Poco ortodoxo? —se apuró a decir *grand-mère*—. ¿Qué esperabas? ¿Una muñeca?

Scarlet hizo un gesto.